



*A veces me siento y pienso...*



*y a veces, nada más me siento*

*Yo leo, y tú... ¿yo? Sagitario*

-¡Ah! o sea que nada

- Si, nadar si, bueno más o menos

Quizá esta podría ser una conversación de un par de jóvenes (sin generalizar por supuesto). Creo que el verbo leer no es un verbo que se practique mucho entre una buena parte de nuestra población estudiantil universitaria, de allí la posible confusión, y muchos no lo detectan. ¿Leer? Yo leo, tú lees, él lee... casi nadie lee<sup>o</sup>

Hemos entrado en la era del verbo ver, todo es imagen, en cualquiera de sus presentaciones. Existe un dicho que reza “*una imagen dice más que mil palabras*”, aunque luego sean necesarias más de mil palabras para explicarla.

La palabra escrita...

La lectura, como ya se sabe, no es santo de devoción en nuestro país; evidentemente no es la excepción entre los jóvenes universitarios, más bien es el común denominador. Y por alguna razón los estudiantes de ingeniería se encuentran aún más alejados de la lectura. A veces uno puede sorprenderse de que existan jóvenes que en años no han leído un solo libro. Los motivos son muy variados; el más socorrido es que ellos no encuentran un beneficio en la lectura, ya no digamos una utilidad.

La expresión más fehaciente de su falta de andanzas en libros es que su comunicación oral y escrita es un desastre. Pobre vocabulario, pobre ortografía y redacción.

Para muchos futuros ingenieros la visión de su carrera no incluye como parte importante la comunicación. Dan por sentado que entender lo técnico y su vocabulario (y a veces deficientemente) es más que suficiente. Intentar que los estudiantes descubran los beneficios de ser un lector ávido no sólo de libros, revistas o manuales técnicos (es habitual descubrir que ni estos forman parte de su lectura) les ayudará a ser mejores en su profesión, es un reto de singular complejidad.

El ejemplo más cercano que tengo es el de aquellos cuyo derrotero los llevará a ser profesionales del desarrollo de software. Ponerles sobre la mesa la importancia de desarrollar habilidades de comunicación escrita y oral, como una forma de ser mejores profesionistas es uno de los puntos medulares de algunos cursos.

Frecuentemente recorro al pasaje bíblico de la *confusio linguarum* babilónica; en este episodio la construcción de la Torre de Babel queda inconclusa por el sólo hecho haberles roto la comunicación mediante la confusión de lenguas. Construir, en equipo, con una comunicación deficiente o nula, seguramente será un fracaso. Expresar las ideas claramente, plasmarlas en forma escrita no es una tarea sencilla.

¿Cómo hacer entender que una buena expresión oral y escrita abre puertas y suaviza el camino? ¿Cómo hacer entender que aquello que no tiene nombre no existe? No en vano un tema común a algunas religiones y mitologías es el de Nomoteta, es decir el primer creador del lenguaje.

En muchas ocasiones cuando un estudiante intenta expresar algo, no encuentra la palabra correcta o más aún usa un concepto diferente a lo que intenta dar a entender. En otras, no hila bien su construcción oral; la escrita es todavía más débil.

¿Cómo inculcar que leer vorazmente da armas para la comunicación?

Hace algunos años en un breve taller de literatura al que asistí guiado por Efraín Bartolomé (poeta chiapaneco), se le pidió a manera de colofón que mencionara si había alguna regla para aquellos que quieren escribir. La respuesta fue sencilla y contundente “*el que no lea, que no escriba*” Exagerando “*el que no lea, que no escriba... y tampoco hable*”

lfernand@uacj.mx